

## EN EL NOMBRE DEL HIJO

Salvador Pérez

No es el título-metáfora de aquella película que vimos juntos, ellos tan cinéfilos. No “En el nombre del padre” sino la suprema y tangible realidad: hablamos Aurora y yo, en el nombre del hijo, de nuestros hijos, Carlos Salvador y Beatriz. Como escribía nuestro admirado (de los cuatro) Vicente Verdú es “la desaparición sin pizca de muerte: la metamorfosis mediante la cual el cuerpo humano compensa su fuerte melancolía de carne con la lluvia de la memoria total. La memoria irredimible”. Ahora con la vida al revés yo hablo en nombre del hijo. En el nombre de Carlos Salvador. Y yo padre declaro, en el nacimiento (paradoja de la cruel vida) de un nuevo escritor que no se muere de dolor porque en ese caso nosotros estaríamos muertos.

Lo dijo mucho mejor José Saramago: “Casos hubo en que ni el dolor cansa ni el tiempo pasa” y durante todos estos años hemos demostrado que “es posible luchar con la vida en contra”. Y hoy, con la elaborada, cuidada y maravillosa obra, fruto de la editorial Ediciones Idea el admirado cuadro “El grito” de Munch es algo más que una portada de un libro: es metáfora cierta, viva y caliente, de un grito de esperanza, de un grito que nos lleva a nuestra herencia: literaria y de recuerdo del hijo nunca ido, porque Carlos Salvador y Beatriz siguen aquí en la memoria de la memoria de los que les amamos.

Hay que decirlo alto y claro: igual sí, pero nadie pudo ser más feliz que Aurora y Salvador junto a Carlos y Bea. Fueron 27 y 25 años plenos de vida intensa, de educación mutua-nosotros a ellos; después ellos a nosotros-, de sensaciones agradables, de diálogos interminables, de conversaciones intensas, de momentos llenos de alegría, pocas desilusiones – todos pisamos tierra de realidad- y mares inmensos de esperanza futura. Podemos decir que conseguimos la gran victoria: los hijos fueron mejores que los padres. Con su mayor preparación ellos fueron superiores en el aspecto humano, intelectual y ético. Jóvenes que vivieron su tiempo y absorbieron el pleno sabor de una educación dejada, sin cuentagotas, de padres, profesores, familiares y amigos. Vivieron el infinito buen olor de una cultura auténtica, que rompamos tópicos nunca es aburrida porque la buena cultura nunca lo es. Y llenaron todos los espacios de honestidad y coherencia, de saber hacer y saber estar, llevando al molino de su escasa vida las aspas de una libertad que abarcaron con alteza de miras, con horizontes de ancho mundo, sin localismos estrechos ni políticas de campanario, sino echando ojeada al hombre y su circunstancia en toda su amplia extensión de miradores humanistas.

Y Carlos Salvador siempre leyendo, siempre escribiendo. Días y noches, horas y minutos de muchos libros e inabarcables líneas. Era siempre así. Tú y yo solucionábamos algunas pequeñas angustias, ciertas tristezas, alguna desesperanza, numerosos gritos de alegría, mar abierto de dudas, con lo único que nos salvaba: la escritura. Creíamos –ilusionistas ilusionados- en la voz de los poetas, en la suprema palabra de los escritores. Y es tan verdad que incluso, ahora mismo, en este preciso momento yo podría realizar esta agradecida intervención sólo con tus palabras, sólo con tus letras, engarzadas con trabajo artesano e ilusión de reventar algún día con lo que ahora eres : un escritor.

Por eso comienzo contigo en la página 105 de *Dioses para cinco minutos* con la frase : “Hoy es mi día más importante”. Y te digo, Carlos, que sí lo es. Aquí se realiza ahora la ceremonia de dar a conocer tu obra, tus libros – hay más, serán más: eres un panal que parece inagotable, una fuente de donde siempre brota el agua de la ficción porque repites, en la página 59 de *Dioses*, una frase de tu admirado Haro Tecglen “lo malo de que se te ocurra una cosa es que luego tienes que escribirla”. Por eso aquí estamos para dar a conocer la obra de un joven que ahora tendrá una segunda vida: la de sus libros, porque también, con la donación de 17 partes de su cuerpo, ha dado vida a otros, ellos dos siempre con la idea de donar sangre y órganos. O sea donar vida. Dar vida...

Y papá y mamá somos agradecidos. Nunca en este tiempo de tinieblas hemos tenido el terrible frío de la soledad. Siempre han llegado hasta nosotros las olas, calor humano, de ese océano bien visible del cariño demostrado, el inmenso universo de la solidaridad. Papá y mamá nunca han estado solos. Dicen que hemos plantado tantas semillas que los frutos brotan por todos lados, que el que siembra recoge. Nos quieren y queremos. Amores bien compartidos y siempre la idea de papá, viejo lobo del periodismo, de que las buenas noticias no son noticia. Que no toda la vida está en los telediarios, que hay otra vida, razonada, reflexiva, agradecida,

que camina también por otros lados. Y nosotros, con Beatriz, con la frase de Dostoievski: “El secreto de la existencia humana no consiste sólo en vivir, sino en saber para qué se vive”. Y con una de las últimas frases escrita, por Carlos, en su dietario, con José Ramón Recalde después de su atentado: “Ahora no se trata de huir sino de estar presente”.

Y hemos seguido fielmente tu mensaje: con altos y bajos, altibajos de nuestra vida sin los dos. Allí, en el callado ordenador, estaba todo. Lo sabía. El autor esperaba la luz pero yo estaba en sombras de dudas y en tinieblas de desesperanza. Le echaba la culpa a todo el mundo y a nadie. “Y el lunes comienzo”, me decía. Y a un lunes le sucedía otro lunes, a una semana otra semana y la vida seguía entre frustraciones y tristezas sin encarar. Y por eso después de algún tiempo, dos años y cinco meses, arrancamos con la idea de dar a la luz la luz de tus luminosos libros. Aquí están, aquí los tenemos. Ese trabajo no ha sido obra solitaria, no sólo de papá y mamá, sino de otras gentes, obra solidaria. Por eso la carta de agradecimientos, como los buenos vinos no tiene fecha de caducidad. Por eso damos las gracias a Monse, Montserrat Lázaro del Nogal, esa mezcla de Madrid y Avila que fue la iniciadora, la que puso los puntos sobre la *ies* en un parque madrileño, y nos impulsó a seguir, a abrir la carpeta de toda tu obra. Gracias a Juan Manuel Pardellas que –dice él- primero fue alumno y más tarde, en la profundidad del vendaval que arrasó nuestras vidas, se autotítulo “Salvador y Aurora: yo también soy tu hijo” y bien que lo ha demostrado.

Gracias a Paco Pomares de Ediciones Idea, el ejecutor, guía y referente, que ha dedicado tiempo e imaginación y que cuando me vio en mar de lágrimas en la primera prueba de los libros, se acercó despacio y deferente y me dijo: adelante, te comprendo, yo también perdí a un hermano con veinte años. Gracias al coeditor y prologuista, Alfonso González Jerez, enhiesta columna de ironía y sabiduría, inamovible a pesar de tantos vientos y brisas políticas y politiqueras y que Carlos devoraba diariamente y comentaba con Chano, nuestro común amigo y otro padre adoptivo. Alfonso: nunca retires lo escrito.

Gracias a Carlos Robles, uno de los grandes amigos, y que escribió esa biografía de la que el nuevo autor estaría tan orgulloso. Gracias a Juan José Rodríguez que siempre ha sido mi paño de lágrimas y de reflexiones y que nunca ha entendido, con tanto trabajo hecho, como él estaba en el *control de edición*. A Luis Balbuena que en lo único que no es matemático es en la amistad. Nunca resta siempre suma, nunca divide siempre multiplica. Gracias por estar ahí y echar a flote la nave del por-venir: la Fundación Carlos Salvador y Beatriz.

Gracias a Eduardo Haro Tecglen que iba a estar aquí, en persona, pero que ha estado en ese bello prólogo colocando *la hoja en el surco*. Él no sí se dará cuenta el referente, el punto de encuentro, el auténtico punto y seguido que fue para tantos inquietos jóvenes. Entre ellos Carlos Salvador, tesis doctoral que quedó en el aire del incierto tiempo ido. A Juan Cruz Ruiz, exigente conmigo desde los 13 años en el *aire libre* (el deporte lo poco libre de aquella gazapera del franquismo) de un semanario y que todavía me llama Paladín. Carlos lo leía a fondo, le exigía tanto como yo y estaría de acuerdo con aquella precisa frase del gran Javier Rioyo: “Juan Cruz, buscador de playas, el hombre que va en un avión de ida y en otro de vuelta que al mismo tiempo se cruzan en algún cielo”. Todos de acuerdo en su frenética actividad. ¡Ah!. Carlos me avisa: no olvides decir que Javier Rioyo es del Atlético. Juan del Barca: no hay problema. Como con M.V.M. O sea el admirado Manuel Vázquez Montalbán.

Recuerdo para los de la otra orilla: Adelmin, Berto, Chano, gentes claves en su formación. Tantos padres adoptivos y el padre, real, tan orgulloso. A nuestra familia, de los dos lados, intenso calor humano, y como representación de todos mi madre, su querida abuela Teresa, que desde la altura de sus 93 años, está aquí con los deberes hechos de buena alumna, ella educada por aquel monumento de maestra de la República, hecho piedra en La Guancha, que fue la lagunera Angeles Machado. La abuela ha leído los tres libros de su nieto con admiración y devoción. Con muchas lágrimas pero con la entereza y la sabiduría que da la edad. Gracias a Gabriel y Elena que me ponen todos los días el termómetro de su temperatura afectiva y la gran frase diaria: “Seguimos adelante”.

Y tantas gracias más. A Carmelo Rivero, que no sólo comunica para la mucha gente sino que está, cercano y afable, relajado siempre, para sus muchos amigos. Y con él, en su representación, a los compañeros de los medios informativos que han demostrado que también las buenas noticias son noticia. A amigos de Las Palmas, Madrid o Avila que han viajado para estar con nosotros. A tantos alumnos que han seguido nuestra estela de exigencia y esperanza. A los compañeros de profesión, a tanta gente anónima, al mundo todo, a todo el mundo.

Y ya está casi todo. Con terremoto de emoción contenida y con volcán de sensaciones agradables. Ahora le toca hablar a él, al hijo escritor. En sus libros hay respuestas para las muchas preguntas de la vida y también de la muerte, del ir y venir de esta existencia de cada día. Ahora comienza el diálogo: escritor y lector, esa necesaria dualidad, esa imprescindible pareja. Y la esperanza entre los pliegues de la vida recobrada de Carlos Salvador porque brilla alguna estrella, la noche deja de ser oscura y es que siempre, siempre, hay mil soles en el reverso de las nubes.

No hay más palabras. Las palabras las pone el nuevo escritor. Dejen que termine con él: en la página 109 de *Dioses para cinco minutos* leo despacio, suavemente, como haciendo una caricia (para los dos) en el aire de la noche. Dice Carlos Salvador: "Voy regando dentro de las pocetas. Muy sencillo, aquí y ahora, diseñar metáforas, como "una poceta para que mis palabras, para que de verdad abonen, rieguen, hagan crecer..."

"Hoy es mi día más importante" nos vuelve a decir Carlos Salvador.

- **Palabras del padre de Carlos Salvador y Beatriz en la presentación de los libros en el Cabildo de Tenerife**